



H I S T O R I A S

DE HOSPITAL

Allí donde la vida se muestra débil y necesitada, y el desánimo es moneda corriente, se esconden historias mínimas, llenas de ternura, amistad y valor, que transforman vidas. Enfermeras de bebés prematuros, *clowns* que visitan a los niños del Hospital Garrahan y gente que acompaña a morir a personas sin recursos, son algunos de sus protagonistas.

TEXTO: MARIA MULLEN

FOTOS: MARIA MULLEN - GENTILEZA ALEGRÍA INTENSIVA

Salvo por nacimientos, a nadie le gusta tener que visitar demasiado el hospital. Ya sea como paciente o como familiar, el sólo atravesar esas puertas transforma todo por completo, separa los mundos, da vuelta el reloj del tiempo. Luces blancas, médicos, sonidos de máquinas, teléfonos, salas de espera, gente en silla de ruedas...

Horas, días, incluso meses, de esperar o acompañar, deseando que las cosas se arreglen, mientras que afuera, ahí nomás de la ventana, las personas siguen con su vida como en una película de otro canal.

Por los pasillos de los hospitales, los sentimientos se chocan y una vibración muy particular vuela por el aire. Nada parece digno de chiste, sino de respeto y seriedad. Sin embargo allí, en medio de esos laberintos, se tejen a diario historias de generosidad y de heroísmo. Como paños tibios para el dolor, revelan una belleza especial del ser humano; esa que nada tiene que ver con la apariencia, sino con el corazón y lo que éste puede lograr cuando se compadece por el otro, desafía su tristeza y quiere acompañarlo en su lucha.

ALEGRÍA INTENSIVA

Los tacos de la Dra. Carlota resuenan por los pasillos del Hospital Garrahan. Lleva unas calzas de lunares bajo el uniforme blanco y un gorro violeta. A su costado, el Dr. Ritten, de barba pelirroja, la sigue con cara de despistado. Él lleva una de esas antiguas valijas de mano, una boina verde que le cubre la incipiente pelada y anteojos de borde grueso y negro, algo anticuados. Los lidera la Dra. Marta, con sus alegres rulos. Se hacen llamar médicos, aunque no lo son y cuando entran a las habitaciones algo los delata: en medio de sus caras, como un semáforo, saluda una nariz redonda y colorada. La nariz de payaso.

-¡Buenos días! -saluda el supuesto "Dr. Ritten", rodeado por sus curiosas compañeras.

Un chico de unos once años, de tez morena lo mira tímidamente, recostado desde su cama, con el pecho descubierto y algunas sondas. A su lado, la mamá lo acompaña. Quizás hace horas que están en silencio, con el televisor encendido.

El Dr. Ritten no consulta por la enfermedad ni hace cuántos días están en el hospital. La visita va por otro lado:

-¿Cómo te llamás? -pregunta al pequeño paciente.

El chico, sin largarle la mirada y con voz muy bajita, se anima a responder: -"Daniel"- . Pero, por su cara, parece estar pensando: "¿Realmente creen que van a hacerme reír?".



El Dr. Ritten no consulta por la enfermedad ni hace cuántos días están en el hospital. La visita va por otro lado.



ALEGRÍA INTENSIVA

No son médicos que aprenden recursos teatrales, sino artistas profesionales, que trabajan con enfermos.

–¡Pero qué casualidad! –exclama el extravagante Doctor-. ¡Yo también me llamo Daniel! ¿Y usted cómo se llama, señora?

La mamá, todavía distante, dice su nombre: “Celia”.

–¡No te puedo creer! –vuelve a repetir el Dr. Ritten, mirando a su alrededor, mientras el niño lo observa atento. –¡Yo también me llamo Celia! Sí: me llamo Daniel Celia.

El chico sonríe por primera vez. Es una pavada, pero el hielo se rompió. La Dra. Carlota y la Dra. Marta entran en acción agregando unos toques de humor y alguna burla al Dr. Ritten, quien, a los pocos minutos, habla por celular. “Hola má, sí, soy tu *cuchicuchi*, acá no me creen y me preguntan por qué me pusiste de segundo nombre Celia...”.

Mágico. Con una entrada tan inocente y simple, ese chico olvida que está enfermo. Escucha y se ríe. Su madre no se queda atrás. El show toma giros inesperados y la habitación lúgubre y silenciosa se transforma en un circo, con canciones y aplausos.

Una tendencia mundial

“Lo que hacemos en **Alegría Intensiva** es parte de una tendencia mundial que nació con el ejemplo del famoso *Patch Adams*, y el rubro payasos de hospital”, cuenta **Andrés Kogan**, pediatra, director ejecutivo y co-fundador de esta organización que trabaja hace tres años. Sus primeras experiencias con chicos en fase terminal, en constante contacto con la muerte, marcaron muy fuerte su manera de trabajar y de ver la internación pediátrica. Fue así que junto con su colega y amigo de toda la vida, el Dr. **Mariano Rozenberg**, conocieron la labor de “Doctores de Alegría” en Brasil y, sin dudarlos, quisieron hacer algo similar en la Argentina: llevar *clowns* a los hospitales. No son médicos que aprenden recursos teatrales, sino artistas profesionales, preparados para trabajar con enfermos. “Estamos convencidos de que esto mejora la calidad de internación de los chicos, y que no se debería concebir un hospital pediátrico sin una sala de juegos terapéutica, una escuela hospitalaria (para que los chicos no pierdan la escolaridad) y un equipo de cinco *clowns* profesionales”.

“Nuestros artistas tienen más de diez años de experiencia, están entrenados para desenvolverse en el ámbito hospitalario y su trabajo es rentado –describe

Andrés-. Es tan crítico lo que pasa detrás de la puerta de un paciente, que quienes manejen la situación deben hacerlo con profesionalismo, para tomar lo que ven y devolverlo de una manera lúdica y esperanzadora. Rescatar los aspectos sanos de los pacientes”.

Irene Sexer, que se hace llamar “Dra. Marta”, es la directora artística. Para ella lo más importante es la nariz: “Es lo que marca la diferencia. Basta ponérsela para entrar a hablar el mismo lenguaje que los chicos, el del juego, el del asombro, la fantasía. Que haya payasos en los hospitales es espectacular, porque devuelve a los chicos su capacidad de jugar. Nosotros no somos doctores ni curamos, pero más de una vez un médico nos contó que después de nuestra visita, su paciente comenzó a tolerar y a aceptar la medicación que luego lo llevó a curarse”.

Actualmente el equipo de Alegría Intensiva visita semanalmente el Hospital Garrahan y recorre entre 40 y 60 camas, además de entretener a las multitudes que aguardan en las salas de espera. No faltan el acordeón, la guitarra, los aplausos y algún evento disparatado como el casamiento de dos payasos. Las enfermeras y los médicos ríen también. El efecto es contagioso... todo se transforma y nadie quiere que la visita termine. Ansiosos, esperan que vuelvan la próxima semana.

LA VIDA ANTES DE TIEMPO

Era un viernes más en el pueblo de Paso de Indio, una pequeña localidad ubicada en el medio de la provincia de Chubut, sobre la Ruta Nacional 25. Moira, embarazada de seis meses, andaba por su casa cuando comenzó a sentir pérdidas. Aldo, el futuro papá, jugaba al fútbol con sus amigos. Ninguno sospechaba lo que pasaría aquella noche.

Los 360 km en ambulancia hasta el hospital de Trelew y los mejores médicos de la zona no alcanzaron a detener lo inminente: el parto prematuro. En medio de la noche, en la primera madrugada del mes de diciembre, nació Kevin, de apenas 26 semanas y 1 kg. Era tan diminuto que podía sostenerse con la palma de una mano.

La larga espera

Mientras se escriben estas palabras, tres meses después de aquella tarde, Kevin duerme plácidamente. La misma noche de su nacimiento, él y sus padres tuvieron que volar a Buenos Aires para internarlo en el Hospital Austral. Hoy pesa 2,8 kilogramos y se lo ve regordete. A su lado, otros bebés descansan en sus incubadoras. Algunos nacieron de 325 gramos, otros de 400. En cada camita, cuelgan distintos mensajes, estampas de la Virgen y hasta algún pequeño globo.

Paola Iturria, coordinadora de enfermería de la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales del Hospital, y **Eva Espinosa**, enfermera, entre otras más, son los ángeles guardianes del lugar. Luego de semanas y semanas peleando por la vida de Kevin, hoy no pueden creer lo bien que está. Ellas son parte de la historia de cientos de familias. Decenas de fotos de bebés colgadas en las paredes de la entrada lo confirman. “Los padres pasan tanto tiempo con nosotras que cuando sus hijos se curan, ellos vuelven a traernos fotos, a invitarnos a bautismos, cumpleaños, a mostrarnos cómo crecieron”, cuenta Paola en una recorrida por su sector. Al ingresar a una sala, toma dos grandes libros y explica: “Acá las madres vienen a sacarse leche para sus hijos y durante los últimos años, muchas de ellas, aprovecharon para escribir. En estas hojas, cuentan, con puño y letra, sus historias. Comparten



BEBÉS PREMATUROS

En medio de la noche,
nació Kevin, de apenas 26
semanas y un kilo.



HOSPICE

sus angustias iniciales y cómo salieron adelante. El libro es gran alimento, consuelo y aliento para otras madres”.

Moira fue una de esas madres. Ella agradece infinitamente todo lo que recibió en esta etapa. Cada “cumple-mes” las enfermeras festejaron la vida de Kevin. En momentos difíciles, otras madres se acercaron a darle apoyo. No hay restricción de horarios de visita en el sector, por lo cual los padres a veces pasan el día entero al lado de sus hijos, les cantan y los sostienen a *upa*. “Es increíble cuando los bebés alcanzan los nueve meses: todas las funciones del organismo comienzan a funcionar normalmente”, explica Paola.

“Contra todos los pronósticos, Kevin resistió”, dice su papá con orgullo. Ya pronto le darán el alta. Moira, con Kevin en brazos, no lo puede creer. “Pensar que recién ahora, 1° de marzo, debería estar por nacer...”.

Giros imprevistos, hechos que suceden en la vida y sacuden la existencia. Pero que, con tanto afecto y profesionalismo alrededor, se pueden vivir de manera diferente. “Esto es lo que más me gusta –confiesa Paola sonriente–. Ver a sus padres retirarse con sus hijos en brazos”.

Escuchar de un lugar así, con gente predispuesta a acompañar a otros a morir, puede impactar o despertar un escalofrío.

ALFREDO Y SATURNINO

Saturnino, o “Negrito”, como le gustaba que lo llamaran, era un hombre mayor. Padecía cáncer de pulmón cuando solicitaron un lugar para él en el **Hospice Buen Samaritano**, una fundación que brinda un hogar en Pilar, donde un equipo de profesionales de la Medicina (especialistas en cuidados paliativos) y voluntarios reciben gratuitamente a aquellas personas que no poseen recursos ni familia, y que tienen un diagnóstico terminal, brindándoles cuidados y afecto.

De primer oído, escuchar de un lugar así, con gente predispuesta a acompañar a otros a morir, puede impactar o despertar un escalofrío. Visitarlo en persona, en cambio, revoluciona las ideas, todo se da vuelta. Ya desde el jardín florido, la sonrisa de quienes dan la bienvenida y la calidez de la casa, transmite, paradójicamente, muchísima vida. La organización trabaja desde hace poco más de un año y por él ya pasaron 48 “huéspedes”, como llaman allí a los pacientes. Todos llegan con diagnóstico terminal, en su mayoría con cáncer, y sin hogar ni recursos.

Cuando Saturnino atravesó la puerta del Hospice, vestía unos harapos. Venía de una vida en soledad y distanciado de sus hijos. Con los días comenzó a sentirse “en casa” y a recuperar fuerzas. En el Hospice, lo primero que se hace, es calmar clínicamente el dolor.

Saturnino se levantaba, tomaba unos mates y hasta trabajaba con las plantas del jardín. Pero lo que más parecía agradecerle era una nueva amistad con su

compañero de cuarto: Alfredo. Otro “hombre solo” como él, con su familia quebrada. Alfredo tenía cáncer de laringe con metástasis en la columna y andaba en silla de ruedas. En el Hospice había descubierto la fe en Dios, según sus propias palabras, y ya se preparaba para su Primera Comunión.

Ambos comenzaron a compartir todo: juegos de cartas, largas charlas, reflexiones, pero sobre todo, proyectos, muchos proyectos.

–¿Sabés qué? –le dijo Alfredo a Saturnino una vez–. El Hospice me dio tanto a mí, que quiero hacer un proyecto que le deje plata. Un proyecto que se repita todos los años.

Así ambos amigos se pusieron a pensar. Mientras imaginaban algún evento, también charlarían de otras cosas, porque Saturnino pronto se sintió atraído, como Alfredo, por el deseo de Dios y ambos tomaron la Comunión a las pocas semanas.

Y esa idea que estaban, ese proyecto de Alfredo, finalmente tomó forma: “La Peña de la Amistad”. La organización aprobó con entusiasmo la idea y predispuso el 15 de diciembre para el evento en el jardín de la casa.

Todo se hacía realidad, cuando de pronto, la salud de Saturnino comenzó a decaer. Pidió reunir a sus hijos una última vez, y lo logró. Emocionado, compartió con ellos unos mates, sus últimos mates. “Gracias”, repetía a todos a su alrededor. Con Alfredo se despidió especialmente: “Mi bastón tomalo vos –le dijo–, que fuiste mi sostén, mi gran amigo”. Y se dijeron adiós. La Peña de la Amistad, a pesar de los sucesos, siguió firme, pero con un nuevo emblema: el bastón. Alfredo lo hizo colocar en el logo del evento y esa noche subió al escenario a explicar su sentido: “El bastón es el signo de mi amigo Saturnino, es amistad, es sostén, es compañía”, dijo al público. El jardín del Hospice se vistió de fiesta al sonido de guitarras y bombos, y Alfredo gozó de cada instante. Apenas dos semanas después, murió.

Una etapa fundamental

“Cuando desde la parte clínica se dice que ya no queda nada por hacer, nosotros estamos convencidos de que hay mucho por hacer –dice la Dra. Verónica López, directora del hogar–. Si logramos controlar el dolor, la falta de aire, las náuseas, se puede abrir todo el mundo interior de la persona. Es tiempo de reconciliaciones profundas, de reencuentros, de hablar de temas que uno nunca se animó a hablar... Este tiempo es una etapa de la vida fundamental en el ser humano”.

La historia de Alfredo y Saturnino lo ilustra. Revela que se puede llenar de vida, aún esos últimos instantes en este mundo. “Muchas veces, la gente que sufre quiere morir, porque no hay quien los quiera ni acompañe. En este mundo se vive mucha soledad –dice Verónica–. Pero cuando la situación se revierte y se llena de amor, en ese último tiempo, todo puede cambiar”.

LA DESPEDIDA

Todas estas historias tienen un hilo en común: surgen en trincheras, en lugares y situaciones que no todos pueden enfrentar. Además, por si fuera poco, cuando se alcanza el objetivo, ya sea la salud del bebé, la risa del niño o la reconciliación del anciano con su familia, es el momento de la despedida. Las manos quedan vacías, a los ojos del mundo. Pero, lo dijo un Principito, “lo esencial es invisible a los ojos”. ●

MÁS INFORMACIÓN:

www.hospitalaustral.edu.ar | www.alegriaintensiva.org.ar
www.buensamaritano.org.ar

Si logramos controlar el dolor (...) se puede abrir todo el mundo interior de la persona.

HOSPICE

